

Un llamado a ser fuertes

Hebreos 12:12-13

Introducción:

En la primera parte del capítulo 12 de la carta a los hebreos, el autor se explayó en exponer algunos pasajes del libro de los Proverbios. Él nos mostró la preciosa y consoladora doctrina de la disciplina del Señor. Es importante hacer notar que los escritores sagrados, inspirados por el Espíritu Santo, verdaderos profetas y apóstoles ungidos, no se aventuraron a estar haciendo declaraciones repentinas basadas en sus imaginaciones, sino que la verdadera profecía que ellos escribieron no fue más que exponer el Antiguo Testamento a la luz de Cristo. Este es un principio que encontraremos en todos los escritos del Nuevo Testamento: los apóstoles y profetas no hacen más que exponer a la luz de la cruz de Cristo lo que está escrito en el Antiguo Testamento.

“*Por lo cual,...*” Estas dos palabras, con las cuales inicia el verso 12, conectan las exhortaciones prácticas que siguen, con las enseñanzas anteriormente expuestas sobre la disciplina del Señor. Nuestro autor, así como el resto de escritores del Nuevo Testamento, no es un mero teórico de la doctrina, ellos son verdaderos expositores de las Escrituras, pues, no sólo se conforman con enseñarnos las preciosas verdades doctrinales que engrandecen la mente, sino que, luego, se convierten en el fundamento para la exhortación y la confrontación.

Toda verdadera doctrina debe conducirnos a una práctica ética y cristiana de la misma. Si la doctrina no nos conduce a una vivencia más excelsa de la fe cristiana, entonces no somos más que fríos racionalistas amantes del conocimiento, pero faltos de amor. “Así que la enseñanza de la Palabra de Dios no es sólo conocimiento. Es un conocimiento práctico. Hay algunas personas que tienen una comprensión intelectual de las doctrinas de las Sagradas Escrituras, pero en realidad no saben nada acerca de la vida práctica. Alguien dijo que entienden las doctrinas de la gracia, pero no experimentan la gracia en las doctrinas, porque nunca saben cómo ponerlas en práctica. Una cosa es creer, por ejemplo, en la doctrina de la inspiración e infalibilidad de las Escrituras, pero otra cosa es vivir bajo la autoridad de la Escritura, con alegría. Una cosa es creer, por ejemplo, que Jesucristo es el

Señor, pero otra es renunciar a mí mismo y disfrutar de Su señorío. Una cosa es creer que Dios es omnipotente, pero otra cosa es, en medio de la prueba, aprender a apoyarse en su brazo poderoso.”¹

Este *por lo cual*, relaciona el contenido de esta exhortación con lo que le precede. En forma general, con lo que precede en toda la carta. El autor se ha esforzado en mostrar a los dubitativos lectores lo absurdo de querer regresar al judaísmo, pues, la fe cristiana nos ofrece cosas mejores y perfectas. El autor demostró que Jesús es superior a los ángeles, a Moisés, al Sumo sacerdocio, que su sacrificio garantiza un perdón y una salvación segura, limpiando la conciencia, lo cual no podían hacer los sacrificios de animales. El autor ha demostrado que Jesús entró al lugar santísimo celestial, es decir, es superior al lugar donde oficiaban los sacerdotes judíos, y ahora intercede por nosotros a la diestra de Dios en el verdadero santuario.

Luego, el autor advirtió a sus lectores del terrible peligro que corrían si abandonaban a Cristo, apostatando de la fe, pues, la ira de Dios se derramaría sobre ellos con más furia que la que derramó sobre los rebeldes israelitas, ya que no están despreciando una ley dada a través de ángeles, sino el evangelio que nos fue dado a través del excelso Hijo de Dios.

Todo el capítulo 11 estuvo destinado a mostrar ejemplos de cómo perseveraron en la fe los verdaderos creyentes en tiempos del Antiguo Testamento, de manera que los imitemos y sigamos el mismo camino de victoria sufriente.

La primera parte del capítulo 12 estuvo dedicada a una exhortación: el cristiano es como un atleta que está corriendo la vida de fe, la cual requiere que nos despojemos de todo peso y del pecado que nos asedia. La vida cristiana es como una competencia de boxeo donde es necesario darlo todo, incluso, derramar la sangre si es preciso, por amor a Cristo y combatir contra el pecado.

Luego, el autor animó a sus abatidos lectores diciéndoles que no desmayen ante las aflicciones que les han venido por causa de Cristo, pues, todos esos sufrimientos forman

¹ MaCarthur, John. Falling Short of the Grace of God. Recuperado de <http://www.gty.org/resources/sermons/1637/Falling-Short-of-the-Grace-of-God> En Agosto 9 de 2012.

parte del amor de Dios, el cual nos disciplina, de la misma manera como un padre lo hace con su hijo, con el fin de llevarnos a nuevos niveles de santificación y firmeza espiritual.

Por lo cual, siendo que esto es lo que Cristo ha hecho y está haciendo por ustedes, entonces, levantad las manos caídas, y las rodillas paralizadas; y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado. Aquí está el secreto de la vida de victoria en el cristiano. Los sufrimientos y adversidades, es decir, la disciplina del Señor, son como esos ejercicios con pesas que hacen los fisicoculturistas, en vez de debilitarlos hacen que sus músculos crezcan y tengan más fuerza física.

Los cristianos estamos siendo entrenados por Dios para correr de manera victoriosa la carrera de la fe. Las aflicciones han sido como las pesas, o la cuerda, o la bicicleta. A través de ellas hemos sido entrenados; por lo tanto, en vez de estar en el piso, arrastrados y sin fuerza, debemos levantarnos con vigor, pues, ahora tenemos más músculos espirituales que al principio. Nuestras rodillas nos duelen, a causa del ejercicio, pero esto no es para quedarnos paralizados, pues, ahora la parte muscular de ellas está fortalecida y tenemos suficientes recursos para levantarnos y correr con más vigor. Nuestras manos y brazos nos duelen, porque nos tocó levantar barras muy pesadas, pero ahora tenemos más fuerza en nuestras manos, por lo tanto, levantémonos y prosigamos la carrera cristiana con más fervor. Estamos preparados para la competencia olímpica, y de seguro venceremos.

Nuestro autor prosigue con su metáfora tomada de los juegos atléticos. Cuando los corredores han avanzado bastante en la carrera, tienden a languidecer y desmayar, pues, han gastado muchas energías y la meta todavía está lejos. Pero, los entrenadores, cuando ven que los miembros de su equipo están a punto de desmayar, los animan con palabras fortalecedoras y de aliento para que retomen fuerzas, se levanten del piso y prosigan su carrera. Esto es lo que está haciendo el autor de la carta. El entrenador solía llamar a jóvenes para que entraran a las competencias, pero antes de exponerlos en público, él los entrenaba. Como él tenía más experiencia luchaba contra ellos, recibían muchos golpes, pero todo este dolor de la práctica tenía como fin adiestrarlos para que el contrincante no les fuera a dar ningún golpe mortal, sino que ellos, más bien, lucharan con fuerzas. Por lo

tanto, siendo que ellos habían sido entrenados con duras pruebas, no debían desmayar cuando estaban enfrentándose a las luchas.

Muchos creyentes sienten que ya no dan más, que no pueden dar un paso más, que no soportan las aflicciones y pruebas de la vida cristiana, que definitivamente se acabaron las fuerzas. Pero nosotros contamos con un secreto que los hombres han buscado por siglos: el secreto de la eterna juventud. El cristiano, contrario a lo que pasa en el mundo natural, saca fuerzas de la debilidad, obtiene preciosos réditos de los problemas, y las aflicciones de la vida no lo destruyen, sino que lo impulsan a luchar con más vigor. Esta es una verdad que debe conducirnos a una vida cristiana victoriosa. El apóstol Pablo aprendió esta verdad y por eso nos exhorta diciendo: *“Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día”* (2 Cor. 4:16). Viejos por fuera, pero jóvenes en el interior. Esa es la vida cristiana. El cuerpo se va desgastando, mientras que en nuestro espíritu nos vamos rejuveneciendo.

El profeta compara nuestra condición de vida con las águilas, las cuales se elevan desde la tierra a alturas gloriosas. El secreto está en depender del Señor. Cuando somos de Él y Él es nuestro, confiamos en su Gracia y Sabiduría, aún en medio de las más grandes dificultades, y esta confianza nos alimenta y alienta para sacar fuerzas de la debilidad: *“Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan; los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán”* (Is. 40:29-31). Los cristianos no se cansarán y no se fatigarán, porque cuando el cansancio y la fatiga que producen las luchas diarias, vienen, el creyente toma su fuerza del Señor, recordando que él está detrás de cada aflicción, pero a la misma vez, él está con nosotros en la angustia: *“Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuando ha conocido mi nombre. Me invocará y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación”* (Sal. 91:14-16).

El salmista también fue entrenado en las aflicciones y adversidades. Él pudo confiar en el Señor cuando las rodillas le tambaleaban y los brazos se descoyuntaban, de manera que

recibía nuevas fuerzas para continuar la vida de fe: *“Pero tú aumentarás mis fuerzas como las del búfalo; seré ungido con aceite fresco... El justo florecerá como la palmera; crecerá como cedro en el Líbano. Plantados en la casa de Jehová, en los atrios de nuestro Dios florecerán. Aun en la vejez fructificarán; estarán vigorosos y verdes”* (Sal. 92:10, 12-14).

Somos atletas de Cristo, y estamos luchando en medio de la competencia más feroz contra enemigos formidables: el diablo, la carne y el mundo. Pero no podemos desmayar en medio de la lucha, pues, las consecuencias serían desastrosas. Es necesario levantar nuestras manos y fortalecer las rodillas, así nos duelan, pues, no podemos tomar descansos. El enemigo asedia y como valientes soldados nos sometemos a las inclemencias del clima o las dificultades del terreno: *“Tú, pues, sufres penalidades como buen soldado de Jesucristo”* (2 Tim. 2:3).

La actitud correcta del cristiano, en medio de la adversidad, debe ser: *“Este es el momento de mi entrenamiento, así que procuraré desempeñarme como es mi deber, buscaré la gracia de Dios para fortalecer mi fe, coraje y valentía para luchar contra todo lo que me oprime y se opone a mí.”*²

Las manos caídas y las rodillas paralizadas hacen referencia a una actitud de debilidad, de abandonar el deber, de dejarse atrapar por la depresión espiritual. Con las manos los boxeadores atacaban al contrincante, cuando las bajaban, estaban mostrando cansancio y deseos de no continuar la lucha. Las piernas de los atletas se cansaban, y doblaban sus rodillas al piso en señal de no poder continuar más con la carrera. Pero el cristiano no debe bajar sus manos, no debe permitir que las rodillas tambaleen. Él recibe las fuerzas del Señor y vuelve a levantar sus brazos y sus rodillas para continuar con el deber cristiano. Él no cesa en la oración, ni en la acción de gracias, ni en la meditación de la Palabra de Dios, ni en asistir a los cultos, ni en la evangelización, ni en el amor a los hermanos y a los enemigos, ni en la obediencia a los santos mandatos del Señor.

Es interesante hacer notar que la palabra griega traducida *“levantad”* significa *“rectificad”*, es decir, restaurar a un estado correcto, volver derecho lo que se ha torcido poco a poco. Es

² Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Recuperado de http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_093.htm Agosto 11 de 2012.

un llamado a la paciencia y a la firme perseverancia para que no estemos abatidos en nuestras mentes ni desmayemos en nuestro estado de ánimo frente a las luchas diarias que debemos enfrentar. Es un llamado a no ser presa del miedo frente al peligro, de manera que no renunciemos a la esperanza y no seamos abrumados por completo.

Debido a la dura prueba y a la aflicción somos tentados a hundirnos en nuestra propia desesperación y a abandonar el camino del deber cristiano. Por eso, el llamado es: *Levantad las manos caídas y las rodillas paralizadas*.

Esta exhortación de nuestro autor ha sido tomada de algunos pasajes del Antiguo Testamento, en especial de Isaías, quien anima al pueblo del Señor para continuar adelante en la vida fe con la confianza puesta en el glorioso reinado del Mesías, el cual introducirá una era de paz, justicia y verdadera felicidad. Siendo que vendrá nuestro Rey, entonces sigamos con ánimo nuestra carrera: “*Fortaleced las manos cansadas, afirmad las rodillas endebles. Decid a los de corazón apocado: Esforzaos, no temáis; he aquí que vuestro Dios viene con retribución, con pago; Dios mismo vendrá y os salvará* (Is. 35:3-4).

Ahora, existe una diferencia inmensa entre el incrédulo y el creyente. El hombre no converso puede ser destruido fácilmente por las aflicciones que trae el vivir en este mundo caído, pues, él no tiene vida y no tiene fuerzas espirituales. Está muerto. Pero el creyente, así tenga que pasar por las más duras pruebas, al igual que el santo Job, y así sus fuerzas sean debilitadas al máximo por el fragor de la lucha, él tiene vida, y la fuerza del Señor le acompaña. “Los cristianos, en su mayor debilidad, tienen algo de fuerza y algo de vida. Y donde hay un poco de vida, hay cierta capacidad para agitarse y moverse. Dios se complace en ayudar donde hay esfuerzo sincero. El creyente tiene la responsabilidad de armar su mente en contra del desaliento, considerando que el propósito de Dios está detrás de ellos y los benditos frutos que se obtienen de las pruebas y aflicciones.”³

El llamado de levantar nuestras manos y fortalecer las rodillas implica mirar hacia la meta. Si el cristiano se mantiene mirando el final glorioso que tendrá, luego de soportar las aflicciones y las luchas de la vida de fe, entonces cobrará ánimo y sacará fuerzas de

³ Pink, Arthur. An exposition of Hebrews. Recuperado de http://www.pbministries.org/books/pink/Hebrews/hebrews_093.htm Agosto 11 de 2012.

debilidad (Heb. 11:34). Nos fortalecemos, cuando en medio de la angustia esperamos en la gracia del Señor: “*Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas*” (Is. 40:29-31).

“*Y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado*”. El atleta, antes de iniciar la carrera, debe examinar que la pista no esté dispereja, pues, cualquier bache podrá ser causa de una caída y hará que el tobillo se disloque. Además, algunos corredores son cojos, no están en la mejor condición física para la carrera y es preciso que corran sobre un terreno plano, libre de peligros, para que no se salgan de la pista y queden así descalificados.

En esta exhortación, nuestro autor sagrado, “*enfatisa la necesidad y la obligación de la responsabilidad corporativa que tienen los creyentes.*”⁴ Los corredores más fuertes o sanos deben ayudar a los débiles y cojos a allanar el camino, a correr con paso firme y evitar que se salgan de la senda. ¿De qué manera hacemos esta labor de ayuda mutua? El autor de la carta ya ha mencionado algunas formas de cómo se hace esto:

En 3:13 dijo: “*Antes bien, exhortaos los unos a los otros cada día, entre tanto que se dice: <Hoy>, para que ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado.*”

La exhortación del autor de Hebreos busca que cada creyente sea responsable en continuar la lucha y fortalecerse en el Señor. No debemos esperar a que otros vengan a ayudarnos, sino que cada uno es responsable de enderezar la senda. Pero, es responsabilidad de cada creyente ayudar a los hermanos que están cojeando. Esto era lo que hacía el santo Job: “*Tú enseñabas a muchos y fortalecías las manos debilitadas; con tus palabras sostenías al que tropezaba y afirmabas las rodillas que decaían*” (Job 4:3-4). De la misma manera, el apóstol Pablo exhorta a los creyentes para que, con sus palabras, testimonio y consejos alienten a los que están debilitados: “*También os rogamos, hermanos, que amonestéis a los ociosos, que alentéis a los de poco ánimo, que sostengáis a los débiles, que seáis pacientes para con todos*” (1 Tes. 5:14).

⁴ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 447.

“El cuerpo de Cristo consiste de muchas partes, como nos lo recuerda Pablo (1 Co. 12:12-27). Todas las partes del cuerpo forman una unidad, y ninguna parte existe para sí misma. Como resultado, cada parte es responsable ante el todo, y el todo toma cuidado de las partes individuales. <El fuerte debe soportar las flaquezas del débil> (Ro. 15:11).”⁵ De allí la importancia de hacerse miembro en una iglesia local bíblica, pues, uno de los beneficios recibidos es que seremos ayudados por otros hermanos cuando nosotros mismos estemos en debilidad o estemos desviándonos del camino; pero también tendremos la oportunidad de ayudar a otros hermanos en sus momentos de cojera espiritual.

“*Y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo no se salga del camino, sino que sea sanado*”. La fortaleza y santidad del creyente se convierten en un estímulo para los débiles y cojos. Nuestro testimonio de piedad y santidad alisarán el camino para otros hermanos, mientras que nuestras debilidades y pecados serán estorbo y baches que dañarán el caminar de otros. Por lo tanto, tenemos una enorme responsabilidad con nosotros mismos, de no salirnos del camino, y con los demás, de no ser piedra de tropiezo.

Todo creyente debe esforzarse, en la gracia, de dejar huellas indelebles de lo que es el caminar cristiano, de manera que otros puedan seguir esas pisadas. ¡Qué enorme responsabilidad la que tenemos! Debe ser nuestro propósito en la vida cristiana seguir la senda recta que nos mostró Cristo, con tal fidelidad, que un día podamos decir con el apóstol Pablo “*Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo*” (1 Cor. 11:1).

Es nuestra responsabilidad caminar con cuidado, siempre pensando en el bienestar de los santos más débiles. Los cristianos que se descarrían y andan a sus anchas, son una plaga que causa mucho daño. Las inconsistencias entre creyentes que consideramos maduros se convierten en un motivo de desánimo para los creyentes más débiles.

Si los cristianos nos preocupamos por nuestra vida en santidad y ayudamos a los hermanos más débiles en sus propias luchas diarias, entonces habrá sanidad, es lo que dice el autor. La dislocación será vendada con las oraciones, el buen testimonio y las palabras de ayuda de otros creyentes. Esto significa que a través de la ayuda mutua se corrige lo que anda mal.

⁵ Kistemaker, Simon. Hebreos. Página 448.

Aquí el autor tiene en mente la restauración y fortalecimiento espiritual de un hermano que está en decaimiento o depresión. En lugar de despreciar a los creyentes enfermos, debemos ejercer una profunda simpatía de amor hacia ellos.

Debemos estar agradecidos con Dios si él nos concede el estar sanos espiritualmente, pero esto nunca debe conducirnos a la presunción, antes, por el contrario, debemos ser misericordiosos para con los más débiles: *“Hermanos, si alguno fuere sorprendido en alguna falta, vosotros que sois espirituales, restauradle con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, no sea que tú también seas tentado. Sobrellevad los unos las cargas de los otros, y cumplid así la ley de Cristo”* (Gál. 6:1-2).

Hermano, entrénate en el servicio de ayuda y sostén para los hermanos que pasan por alguna debilidad: para los que gimen bajo el peso del pecado, recuérdales la suficiencia de la sangre de Cristo. A los que tienen temor del futuro, recuérdales la fidelidad de Dios. A los que están desanimados y tristes, anímales recordándoles algunas de las más preciosas promesas que contienen las Sagradas Escrituras.

Hermano, estudia el arte sagrado de tener siempre una palabra a tiempo para los necesitados. Tú serás de gran valor para la iglesia si desarrollas un espíritu de compasión y el don de levantar a los que han caído en su caminar cristiano.